



Universidad del  
**Rosario**

*FUI ACOSADA*

*HISTORIAS DE ACOSO EN BOGOTÁ*

*SERIE DE CRÓNICAS*

*MELISSA RUIZ MAHECHA*

*COLEGIO MAYOR NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO*

*ESCUELA DE CIENCIAS HUMANAS  
PERIODISMO Y OPINIÓN PÚBLICA*

*BOGOTÁ D. C*

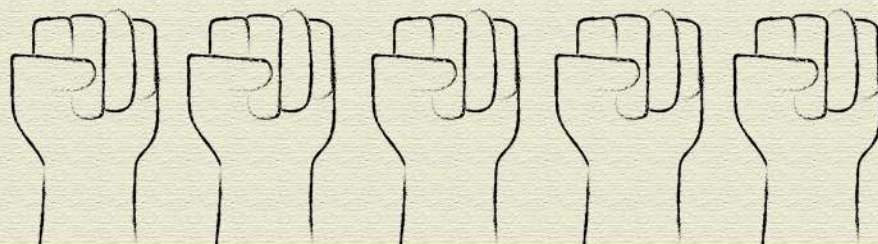
*2020*

# Fui Acosada



*Historias de acoso en Bogotá*

Por: Melissa Ruiz  
Ilustrado por: Erika Forigua



*El patriarcado es un juez  
que nos juzga por nacer,  
y nuestro castigo  
es la violencia que no ves.*

*El patriarcado es un juez  
que nos juzga por nacer,  
y nuestro castigo  
es la violencia que ya ves.*

*Y la culpa no era mía, ni dónde  
estaba ni cómo vestía.*

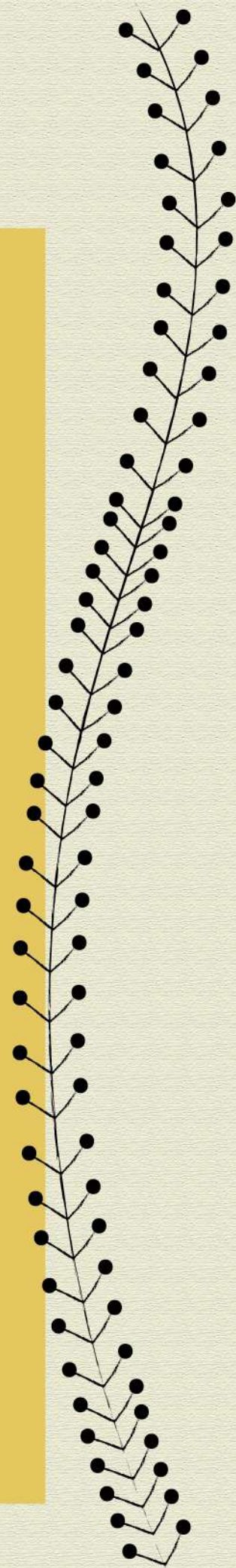
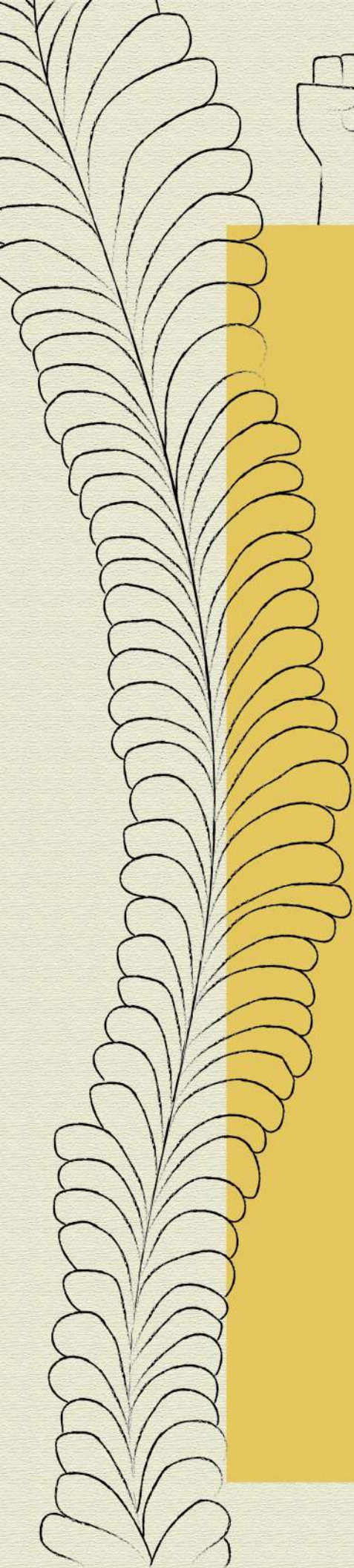
*Y la culpa no era mía, ni dónde  
estaba ni cómo vestía.*

*Y la culpa no era mía, ni dónde  
estaba ni cómo vestía.*

*Y la culpa no era mía, ni dónde  
estaba ni cómo vestía.*

*El acosador eras tú.  
El acosador eres tú.*


*El violador eres tú (Editada), Las  
tesis, Chile*





# Índice

Dedicatoria .....	4
Prólogo .....	5
Justificación .....	7
Objetivos .....	8
Metodología .....	9
Yo tuve miedo .....	11
Laberinto .....	12
Vivir sin miedo .....	15
Una noche para no olvidar .....	18
Soy yo .....	20
Una historia de mi pequeña yo .....	22
Una fortaleza que nació del miedo .....	24
Recuerdos que gritan .....	27
Agradecimientos .....	29





# Dedicatoria

DEDICADO A TODAS LAS MUJERES QUE HEMOS SUFRIDO DE  
ACOSO, EN ESPECIAL, A QUIENES ME DIERON EL PRIVILEGIO  
DE CONTAR SUS EXPERIENCIAS

TAMBIÉN A AQUELLAS QUE NO ESCRIBÍ

ESPERO QUE ALGÚN DÍA NO TENGA HISTORIAS DE ACOSO  
QUE CONTAR Y TAMPOCO, MUJERES MARCADAS QUE  
ENTREVISTAR

AMÉN



---

# Prólogo

El acoso sexual callejero es un problema en aumento en Colombia. Según cifras de la Fiscalía General de la Nación, de cuatro denuncias que se presentaban en 2008, la cifra ha aumentado a 1.656 en 2017. Por otro lado, esta misma entidad ha manifestado que a enero de 2018, la cifra de casos por acoso es de 11098, de los cuales 6000 se encuentran inactivos por falta de pruebas. Todo lo anterior, son números que soportan la necesidad de hablar sobre este tipo de acoso y así abrir paso a la socialización de historias que permitan ver porque es tan peligroso este tipo de delito.

Desde el 2008, cuando se empezó hablar de considerarlo un delito, la Fiscalía ha realizado una serie de informes para tratar de definir el acoso como una expresión de violencia. Dicha expresión se realiza tanto en espacios laborales como educativos, hasta todos aquellos escenarios donde las relaciones de género se expresan en condiciones de desigualdad. El Observatorio contra el Acoso Callejero de Chile, define el acoso sexual callejero como "todos aquellos chistes de connotación sexual, comentarios e insinuaciones de carácter sexual, la exhibición de imágenes o gestos explícitos, las preguntas sobre el estilo de vida, las llamadas ofensivas, hasta los silbidos".

Esta corta contextualización del acoso y sus cifras en Colombia demanda la atención del Estado de manera inmediata. Para hacerle frente, se han implementado una serie de medidas para contrarrestar esta situación, como la promulgación de la Ley 1257 de 2008 que, en su artículo 29 (parágrafo 210A), tipifica al acoso sexual como delito autónomo dentro del Código Penal, donde se incurre en pena de 1 a 3 años de prisión por cometer algún tipo de conducta donde se "persiga, hostigue o asedie física o verbalmente con fines sexuales no consentidos".

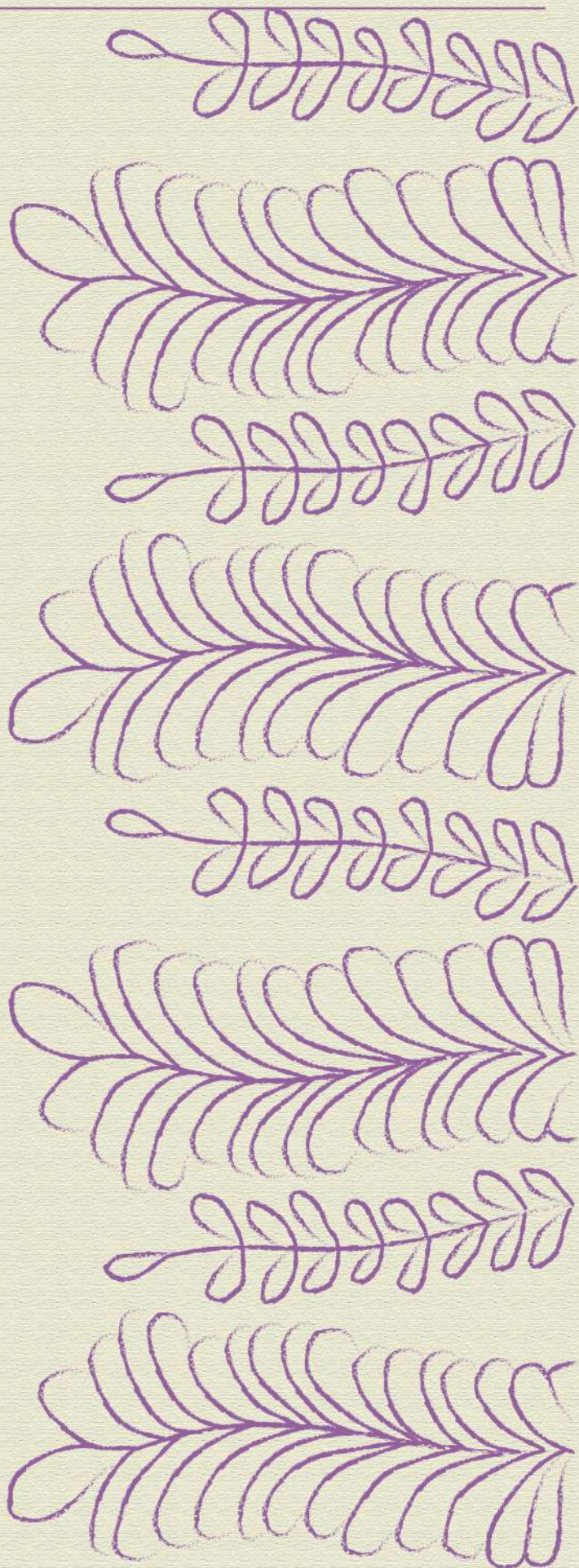
Adicionalmente, dentro de esta misma Ley se mencionan estrategias pedagógicas con enfoque de género hacia los servidores públicos, con el fin de garantizar un acceso real a la justicia por parte de las víctimas. De igual forma se invita a implementar este tipo de enfoque en los colegios. Dicho mandato de implementar el enfoque de género al formar a los funcionarios públicos y a los jóvenes en los colegios fue reforzado por la Ley 1761 de 2015, Ley que es conocida por la tipificación del delito de feminicidio en el ordenamiento jurídico colombiano. En lo referente al acoso, el Estado colombiano ha implementado esta medida para mitigar este tipo de problemática, pero teniendo en cuenta las cifras que se mencionaron anteriormente, es válido cuestionar la efectividad de dichas estrategias.

---

En un estudio exploratorio realizado en 2018 por ONU Mujeres y publicado en el informe "Ciudades seguras y espacios públicos seguros para mujeres y niñas", se encontró que el 86,2% de las mujeres encuestadas considera que los espacios públicos son inseguros; y el 91% de las mujeres encuestadas no ha denunciado a las autoridades el acoso en espacios públicos. Así mismo, las mujeres encuestadas expresaron que "su temor a denunciar en la falta de credibilidad que hay hacia sus testimonios y el mal trato por parte de las autoridades".

En el marco del proyecto "Ciudades de Paz: iniciativas urbanas en Colombia para promocionar los derechos y las mujeres y jóvenes", realizado en 2019, varias lideresas de Bogotá, Cartagena y Barranquilla concluyeron que la mejor manera de hacerle frente a la falta de testimonios es "socializar historias de acoso para que así se empiece a pensar en acciones y una agenda política, a través de la cual se haga frente a este tipo de violencia que suele pasar de manera desapercibida ante la mirada indiferente de la sociedad y las autoridades".

Dentro de esta narrativa nació la idea de esta tesis, titulada Fui Acosada, que intenta retratar a través de historias, ocho casos de acoso sexual callejero en la Capital y sus repercusiones en la vida de las mujeres entrevistadas. Cada una se encuentra escrita en primera persona y es el resultado de la entrevista con mujeres acosadas, periodistas y abogadas, para poder entender la marca que deja el acoso en la vida de cualquier mujer.



---

# Justificación

Como mujer me enfrento todos los días al espacio público, que se supone debe ser un entorno seguro para todos, pero en cambio termina siendo uno de los lugares más inseguros. En un reportaje de CityTv compartido por El Tiempo en 2018, el 64% de las mujeres en Bogotá ha manifestado ser víctima de acoso callejero. Por otro lado, un promedio de seis mujeres al día han denunciado ser víctimas de este tipo de conducta en la calle. Tomando esto y las cifras presentadas en el prólogo, se puede deducir que el acoso es un tema que está afectando a las mujeres en Colombia.

La pertinencia social de esta tesis está en que demuestra lo normalizado que se tienen los comportamientos acosadores en la calle. Esto desde historias personales que muestran distintos tipos de repercusiones en la vida de las mujeres acosadas y cómo estas pasaron desapercibidas. En 2013, la Organización de Naciones Unidas reconoció la dura realidad de que el acoso callejero impide la igualdad de género. En la reunión anual de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer, el mayor órgano normativo global que lucha por los derechos de las mujeres, se incluyeron varias cláusulas sobre la seguridad de las mujeres y niñas en espacios públicos en su documento. Las conclusiones expresan la "profunda preocupación sobre la violencia contra las mujeres y las niñas en espacios públicos, incluido el acoso sexual, especialmente cuando se

utiliza para intimidar a mujeres y niñas en pleno ejercicio de sus derechos humanos y libertades fundamentales."

En un artículo de 1991, la académica Elizabeth Arveda Kissling se refirió al acoso callejero como una forma de "terrorismo sexual"; ya que la víctima nunca sabe cuando puede suceder o que tan grave podrá llegar a ser la situación. También menciona que una experiencia de acoso callejero puede volver a activar traumas o malos recuerdos y por lo tanto, convertirse en una experiencia perturbante. Investigadores de la Universidad de Mary Washington encontraron que el acoso sexual es traumatizante para las mujeres, ya que reactiva "síntomas de estrés postraumático".

Esta tesis aporta con historias que evidencian las repercusiones mentales y físicas del acoso callejero. Las puertas a que en el debate público se inserte un tema como este, se construyen a través de la socialización de experiencias personales, que al ser repetitivas, se convierten en colectivas y terminan posiblemente en políticas públicas para prevenirlas. Es importante generar una perspectiva de la vida femenina en Bogotá, ya que si entendemos bajo qué preceptos se mueven las mujeres en la sociedad, podremos rastrear cómo mejorar la convivencia social y crear una ciudad que sea segura para todos.



---

# Objetivos

## Objetivo general

Visibilizar el acoso sexual callejero con historias de mujeres en Bogotá

## Objetivos específicos

Ejemplificar las conductas de acoso callejero que se presentan en Bogotá

Sensibilizar sobre las consecuencias que tiene en la vida de la mujer sufrir de acoso

Crear una puerta al diálogo sobre las experiencias cotidianas como muestras de violencia de género

---

# Metodología

Para narrar las historias de las mujeres seleccionadas, se utilizó la crónica como formato periodístico. Como se mencionó antes, en el tema del acoso sexual callejero es esencial empezar a narrar de manera personal, por eso se escogió este género periodístico que permite de una manera más completa poder contar la experiencia de acoso de cada una de las entrevistadas.

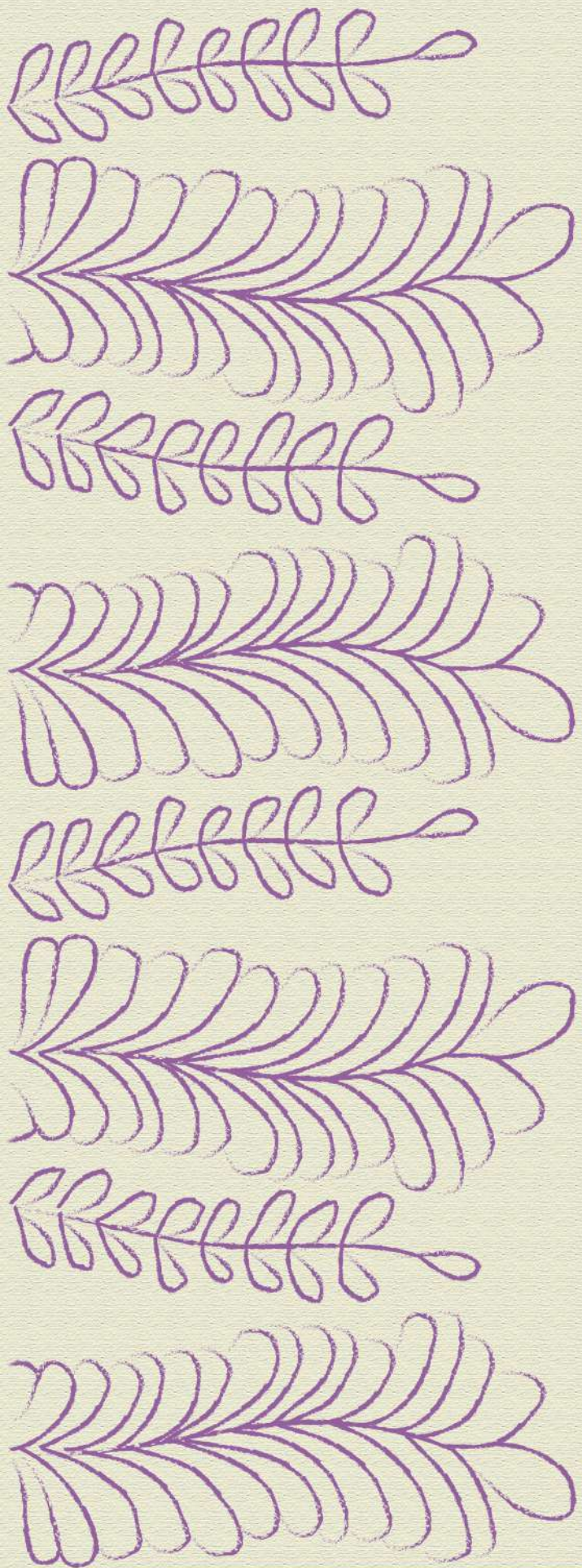
Un ejemplo claro de cómo se ha visibilizado el problema del acoso sexual callejero es el movimiento MeToo. Este movimiento iniciado de forma viral como un hashtag en las redes sociales, nació para denunciar el abuso sexual, pero tiempo después se popularizó para que las mujeres tuitearan sus experiencias para demostrar la naturaleza extendida del comportamiento machista. Así, dentro de todo tipo de denuncias, también se contaron historias personales sobre el acoso sexual callejero alrededor del mundo.

Siguiendo esta idea de contar historias personales, pero que sean significativas para dar un acercamiento al acoso sexual callejero en Bogotá, se hizo una serie de ocho crónicas sobre este fenómeno.

En total se entrevistaron quince mujeres, una periodista y una abogada; quienes contaron sus experiencias de acoso, pero al final se escogieron solo ocho para las crónicas finales. La búsqueda de las entrevistadas se realizó tanto en redes sociales, como de voz a voz, y se entrevistó a todas las mujeres que respondieron al llamado. Esta muestra es aleatoria, pero creo que es importante puesto que se escogieron las historias más impactantes y que retrataran claramente las repercusiones del acoso callejero.

Las entrevistas a las mujeres se hicieron de forma separada con un formato de preguntas semiestructuradas. Se utilizó la entrevista semiestructurada porque respondía a la versatilidad que se pretende tener en este proyecto. En este tipo de entrevista, el investigador puede alternar entre preguntas fijas con preguntas espontáneas. Así, se logra que haya una variedad en las respuestas del entrevistado; además de permitir profundizar en las características que se consideren interesantes mientras se desarrolla la conversación. Es bastante conveniente para esta investigación porque permite una mayor libertad y flexibilidad para obtener la información, que es lo que se busca a la hora de retratar las historias.





Las preguntas base reflejaran las dos esferas esenciales de esta tesis, la violencia de género y la naturalización de estos comportamientos. Las entrevistas a las 15 mujeres víctimas de acoso se centraron en los hechos que les ocurrieron, cómo les afectó y afecta su vida diaria, centrándose siempre en los sentimientos que conlleva ser víctima de acoso sexual callejero. En el caso de la periodista, se llevó a cabo una serie de preguntas que nos permitan establecer un panorama en cuanto a este tema e igualmente, al ser periodistas mujer, nos brindó una mirada personal del tema. En el caso de la abogada, se trató de abordar la perspectiva legal del tema: los vacíos a los que se enfrenta en un proceso de acoso sexual callejero, la ley existente, etc. Por último, se hizo una crónica personal sobre el tema y mi experiencia como mujer víctima de acoso callejero.

La decisión de hacer una crónica propia nació después de realizar las entrevistas. Al hacer todo el proceso de investigación para la tesis, me di cuenta del acoso presente en mi vida y de las repercusiones que ha dejado. Las crónicas se organizaron de manera gradual. Se empezó por las que cuentan historias que, según las propias entrevistadas, son menos fuertes. Para decidir esto se compartieron las ocho crónicas a las quince mujeres entrevistadas y se les pidió organizarlas de la más impactante a la menos. Finalmente, quiero anotar que a futuro me gustaría replicar este formato de crónica sobre acoso con más mujeres; esto para poder tener una muestra más significativa. También me gustaría hacer crónicas que hablaran de otra faceta del acoso callejero, por ejemplo el lado legal.

# Yo tuve miedo

Mi manera de enfrentar los piropos en la calle siempre es la misma, me coloco mis audifonos y ya. Muchas dirán que es cobarde u otras que soy ignorante, pero en un mundo plagado de acoso, fingir que lo ignoras es la única manera de sobrevivir. Me llamo Leidy y no soy de Bogotá. Lo tienen que saber porque si estuviera en mi pueblo, a las miradas se les responde con un golpe, pero aquí todo es diferente, es más peligroso.

Asistía a una clase de inglés que me encantaba en otra sede de mi universidad. Para poder llegar al salón, debía cruzar un laberinto de calles repletas de talleres de autos y, obviamente, de hombres. Siempre me colocaba mi arma de defensa en los oídos y ya. Todo se iba. Pero un día fue diferente, ese día no fue suficiente.

En el cruce con un taller me choqué con un hombre, tendría 30 años, le pedí disculpas y seguí mi camino. Él no siguió con el suyo. Calles más adelante, noté que me seguía, que me decía cosas. Eran cosas absurdas sobre mi cuerpo. Llevaba una sudadera suelta y una chaqueta para el frío, no tenía nada de forma, pero él me estaba quitando cada prenda con su mirada. Caminé más rápido, pero él seguía detrás,

mi única opción fue saltar a la calle sin cuidado. Prefería eso a seguirlo escuchando.

Logré perderlo y respire con tranquilidad. No aceleré el paso hasta que caí en cuenta de que podía volver, así que, literalmente, entré corriendo al salón de clase. Ese día no recuerdo nada de inglés, tampoco tenía cabeza para pensarlo. Ese señor me arruinó el día. A veces pienso que puede hasta no ser su culpa. No lo justifico pero tampoco lo ataco. Debe ser duro perpetuar una conducta tan baja. "Seguro que en su casa lo enseñaron así". He visto hombres gritarme cosas acompañados de sus hijos. Es la manera de enseñarles que la calle no es para nosotras y que no deben dejarnos transitar.

Un amigo una vez me dijo "ustedes solo se ponen rojas y ya, es vergüenza", no querido, no es pena, se llama miedo. Eso es lo que infunden en nosotras: MIEDO. Hay maneras distintas de reaccionar a él. Una, la más común ahora, es gritando y maldiciendo; la otra, que es la mía, es ignorarlos con la esperanza de que algún día se vayan. Lo triste de esto es que no me sirve actuar así, porque siempre después de un piropo, no puedo concentrarme en mi vida. Ese su objetivo: intimidarnos para no vivir en paz.

LEIDY





*Laberinto*

Me despierto en un día normal en el laberinto. Me baño. Rozo cada parte de mi cuerpo con el agua, porque es mío, es mi cuerpo. Me empiezo a vestir. Se desvanece ese sentimiento de seguridad. Pienso en que me voy a poner. Muy corto. Muy largo. Muy revelador. Muy peligroso. Da igual, sin importar que vaya en pijama, el resultado siempre es el mismo. Está haciendo frío afuera. Un saco largo, bufanda y botas. El traje perfecto para pasar desapercibida ante los monstruos.

Salgo. Son solo cinco calles a la estación. Cinco. Solo cinco. Me apresuro a caminar, no quiero dar papaya a esta hora de la mañana. Aguardo. Debo colocarme los audifonos. El sonido de las fieras de siempre lo puedo ignorar con ellos. Me falta una cuadra. Me acuerdo que debo cruzar por donde descargan la fruta del mercado. Si corro creo que será más fácil. Con mi gran saco atravieso el andén. Cuando voy asustada es más largo. Una o dos bocas monstruosas masculinas se mueven. Al parecer tienen rayos X en los ojos, con el frío y todo, ven bajo mi ropa.

Entro a la estación. Estoy a salvo. Solo debo enfrentar cuarenta y cinco minutos de viaje hasta la universidad. Es muy poco. Se sienta un hombre a mi lado. Se acerca mucho. Lo miro. Pone sobre su mano sobre mi pierna. Sacó el destornillador y se lo muestro. Mi arma de defensa, acompañada de unas dulces palabras, nunca falla. Se para y se va. Respiro. Ahora solo falta lo menos, caminar de la parada a la universidad. Es la parte más sencilla.

Dentro de mi universidad me siento más segura, es el punto de reunión para todas las que vivimos en el laberinto. Mis compañeras de lucha me oyen, me comparten sus trucos para evitar a los monstruos y luego, todas volvemos a la batalla en el laberinto. Cada una tiene una rutina trazada, así las paredes de este laberinto de concreto son más fáciles de cruzar y además, cuando caminamos juntas es más sencillo encontrar el sendero correcto.





Entre todas nos cuidamos y nos guiamos. Los monstruos masculinos nos dicen locas, histéricas y feminazis. Los entiendo. Es difícil ver a tu presa como algo más. Cuando eres hombre el laberinto desaparece porque tu eres quien lo construye, diseña y protege.

Regreso a la estación. Mientras me dirijo a mi casa recuerdo algunas historias en el laberinto. Aquella vez que un monstruo me persiguió cuatro cuerdas. Lo bueno es que entonces tenía un aliado, una bestia que se cansó de jugar en el laberinto y me ayudó. Me guió por los senderos y además se aseguró que ningún otro monstruo se acercara. Creo que él también quiere salir del laberinto, pero no puede porque al igual que todos, estamos atrapados en un ciclo de persecución. Donde quién se rebela es tachado de loco, donde las mujeres somos la atracción y los hombres, a veces sin darse cuenta, custodian los pasillos del laberinto.

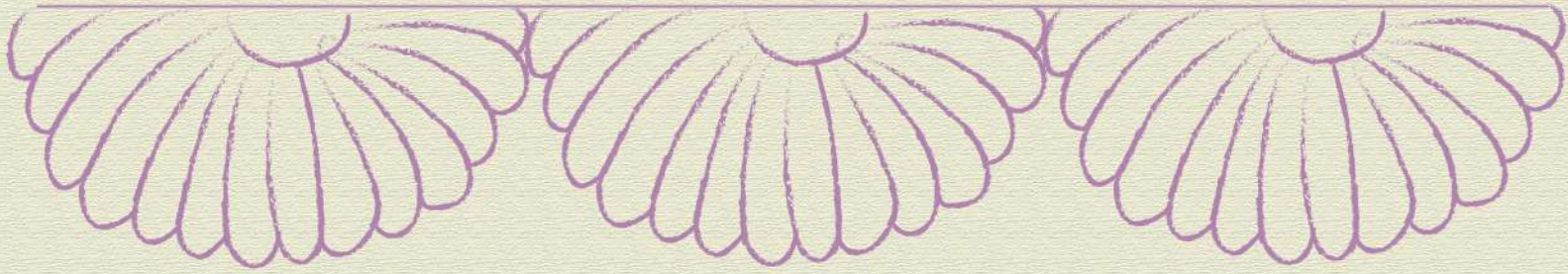
Al menos dentro de mi apartamento no ha entrado esa encrucijada. Es mi base. Casa. Hogar. Seguridad. Reflexión. Me siento y pienso cómo fue mi día. Lo logré. Llegué viva. Ahora no sufriré más. Pienso en mañana. No sé cuáles retos traiga el nuevo amanecer. Allá afuera siempre es una batalla. Nacer así me hizo merecedora de esta posición de peligro. Lo bueno es que desde pequeña lo sé. Me debo defender. Me debo comportar. No me debo poner en peligro. A veces pienso qué bonito sería si muchos de los monstruos se dieran cuenta del laberinto en el que estamos obligados a vivir. Pero eso es imposible, simplemente porque este laberinto se alimenta de su falta de empatía. Mientras ellos más se nieguen a aceptar su culpa, más retorcido hacen el camino y se convierten aún más en bestias. Eso son, porque solo los animales son capaces de atacar de esa manera y no darse cuenta.

CARO





*Vivir sin miedo*



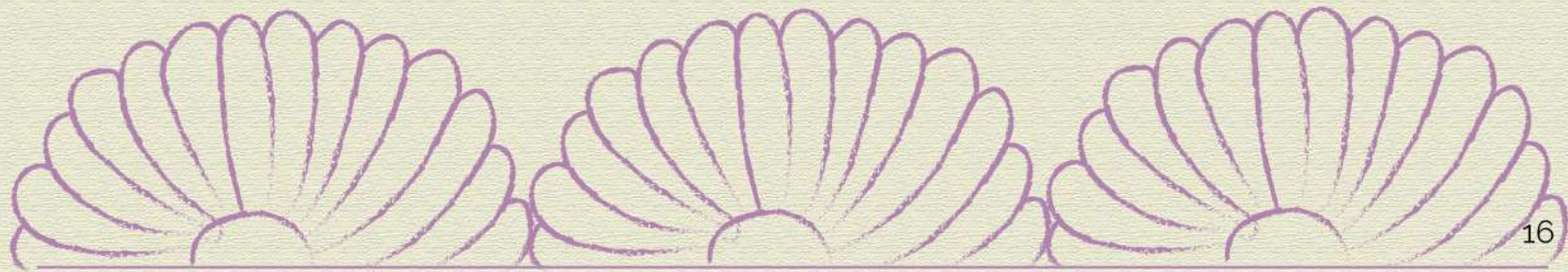
Soy abogada y soy mujer. Lo primero, me expone a un mundo laboral dominado por hombres y lo segundo, a ser acosada constantemente. Tengo demasiadas historias que contar sobre mis acosadores, pero no vale la pena hablar de ellos; mejor voy a contarles un momento de mi vida donde me he sentí indefensa y cómo los superé. Quiero resaltar que hablar de mi lucha constante contra este mundo es hablar de rabia, miedo e impotencia.

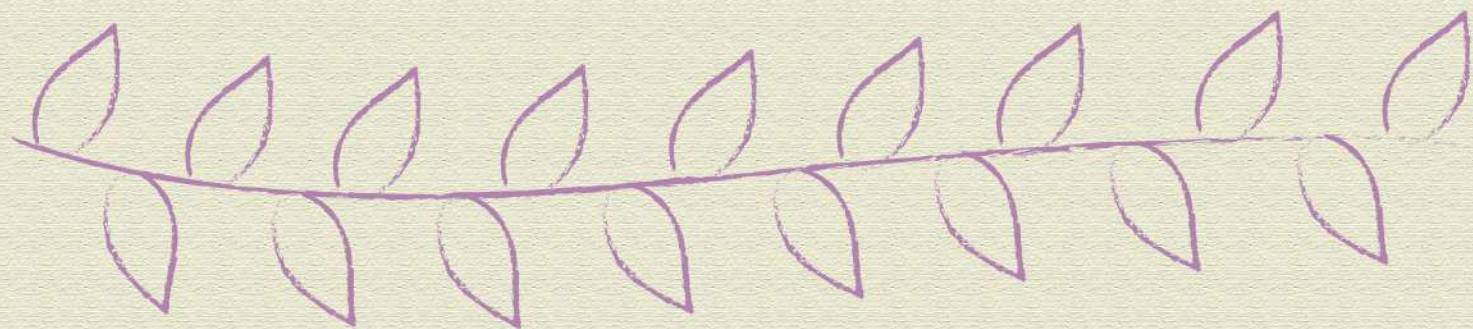
Desde que me mude de Antioquia, he pasado la mayor parte de mi vida en un pequeño pueblo a las afueras de Bogotá. Cuando decidí estudiar Derecho, supe que tenía que enfrentarme a un monstruo de ciudad y viajar casi dos horas para llegar a mi universidad. Ese reto me animaba, no soy una mujer que le gusten las cosas sencillas, para mí era una manera de demostrar mi valentía y perseverancia. Los primeros días fueron fáciles, no recuerdo ser acosada o tener algún problema en la calle; pero al llegar la segunda semana, las cosas empezaron a cambiar.

Cerca a la Plaza de Bolívar quedaba una cafetería que me encantaba y que en mis primeros semestres frecuente mucho.

Para llegar a ella tenía que caminar casi cinco o seis cuadras. Una vez llegando a comer, un hombre empezó a decirme cosas obscenas a todo grito y las personas que estaban alrededor solo me miraron, nadie hizo nada. Seguí caminando con un nudo en la garganta, que no me permitió reaccionar instantáneamente y me dejó expuesta al peligro. El hombre me siguió casi por dos calles, por lo que tuve que devolverme corriendo a mi universidad y me quedé ahí el resto del día. Solo pensé en el miedo que me producía salir y estaba muy segura que eso nunca le habría pasado a un hombre. La calle está diseñada para ellos.

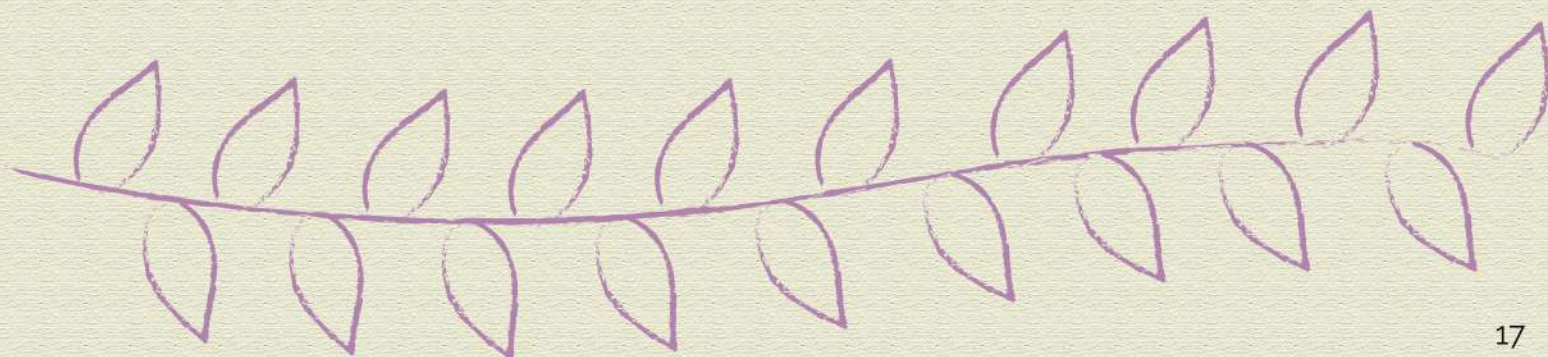
La semana siguiente probé con otra estrategia, usar audifonos en la calle. Cuando los traía puestos sabía que era inmune, ningún comentario podía entrar a mi cabeza. Durante un año, salía de la universidad e inmediatamente me colocaba mi arma de defensa. Adicionalmente empecé a usar ropa menos apretada y así no "justificar el acoso". En mi mente llevaba un mapa de las calles por las que no debía cruzar y evitaba los grupos grandes de hombres. Solo de hablar de mi antigua vida, me hace tener miedo de volver allí.





En mi tercer año de la Universidad, aprendí sobre las leyes que defienden a la mujer en Colombia y eso encendió la rabia en mi interior. Vi cómo tipificar el feminicidio había sido un paso gigante, pero solo es uno mínimo a los ojos de los derechos humanos. Empecé a enamorarme de las teorías feministas y a comprender que el acoso nace de una idea machista. Entendí que aunque sea un comentario bobo, debemos sentirnos incómodas y responder al abuso. En ese instante cambié mi perspectiva por completo. Cuando camino estoy alerta, pensando en quién me va acosar y cómo responder. He aprendido a vivir sin miedo.

SALOMÉ





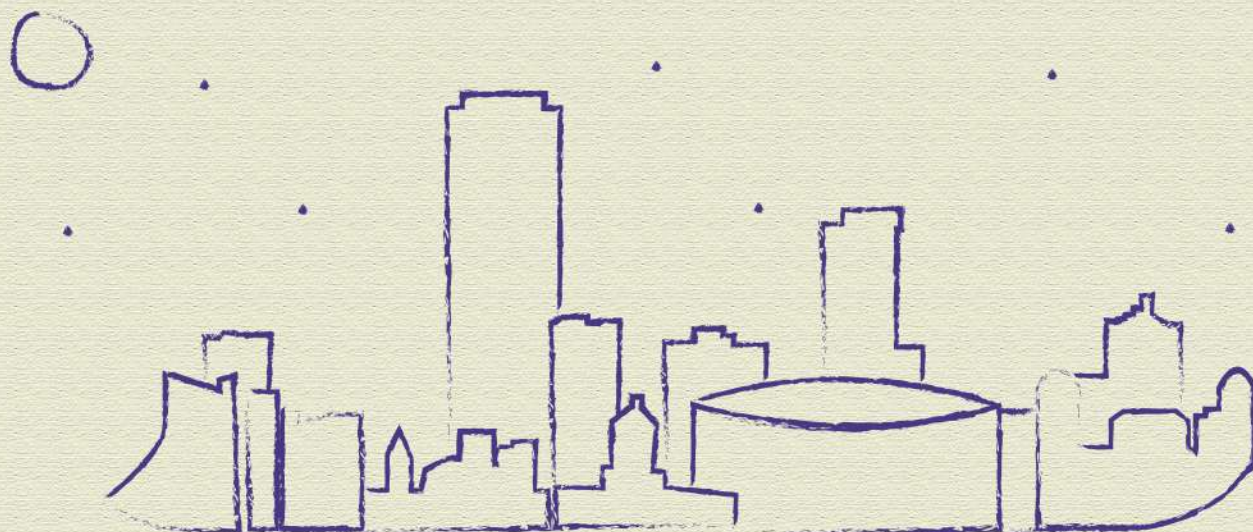
# Una noche para no olvidar

La ciudad de Bogotá es gigante. Llena de calles y colores, logró atraparme, atraparme como las olas de mi amada Cartagena. Aunque me encanta la capital, tanto como para venir a hacer toda mi carrera acá, está llena de peligros que aunque a ojos de muchos son invisibles y cuando eres mujer, convives con ellos.

Siempre salgo de la Universidad a las seis y estoy llegando a mi casa sobre las siete. Tengo este pequeño perrito, que es mi familia aquí porque vivo sola con él. Apenas llego, me pongo a acariciarlo y lo saco al parque, en ese prado que queda cerca a mi casa por la Circunvalar. Una noche al soltarlo, noté que se acercó al bosque que está a un lado y de pronto, una persona salió de la oscuridad. Lo extraño para mí no es que fuera un hombre o algo así, fue el hecho de que alguien estuviera entre ese chorrero de matas.

Lo primero que se me vino a la mente fue: ¡Me robaron!. Mi perro empezó a ladrarle muy fuerte y mi primera reacción fue acercarme ofreciendo una disculpa. Este hombre empezó a gritarme que cómo podía soltar ese animal en la vía peatonal, aunque claramente no estábamos en una calle para transitada. Aún así, le ofrecí de nuevo una disculpa. Este hombre se fue caminando y yo seguí ahí, con mi perro, relajada. De la nada se regresa y lo escucho pronunciar: ¡Deme las gracias porque se la perdone, porque nada tendría que estar haciendo una mujer a estas horas sola!.

Lágrimas salieron de mí. Ni una palabra para defenderme pude pensar. Me sentí indefensa. Me sentí débil. Sin importar lo que llevaba puesto, una simple sudadera, corrí peligro. Esperé un rato por seguridad y para calmarme, cuando me cerciore de que estaba a salvo, empecé a caminar.





A lo lejos vi venir a un hombre muy tranquilo, cantando con sus dos perros. Él sí podía caminar tranquilo, él sí podía estar solo a esa hora, él sí podía vivir. Él no tiene todos los días que pensar en qué ponerse para evitar correr peligro, él no sufre cuando pasa por una obra, él no es una de nosotras. Siempre voy a detestar tener que vivir asustada, pero lo que más me enoja es pensar que lo que me pasó es solo una noche normal. Solo un susto más.

Al fin y al cabo, todo me lo llevo yo, para mí será una semana de miedo en ese parque y para mi acosador solo será un chiste o una locura. Para mí es una noche que no podré olvidar, pero que eventualmente será otra anécdota de acoso. Simplemente porque así es ser mujer, nos toca acostumbrarnos a vivir con miedo.

SAIRA

# soy yo

Desde pequeña he sido consciente de quién soy y cómo debo comportarme. Mi mamá siempre me enseñó a cuidarme de los hombres, desde no usar faldas cortas cuando voy sola, hasta no exponerme al quedarme sola con un hombre. Por unos años estuvo bien, pero a medida que fui creciendo me di cuenta de que quería salir, quería vivir y lo quería hacer como todos los demás. Quería comerme el mundo, pero antes tuve que aprender a entender el por qué esa idea le asustaba tanto a mi mamá.

Ella creció en una casa donde la voluntad de mi abuelo se seguía a cabalidad, donde mi abuela nunca protestaba y donde mis tías sólo soñaban con ser madres. Ella fue la única en estudiar una carrera y venir a la gran ciudad de Bogotá. Cuando llegó aprendió de su madrina el miedo que producían los hombres, pero no eran ellos, sino el miedo a ponerse en peligro. Ella le enseñó a usar faldas largas y al no salir sola de noche. Me entristece pensar en una infancia dominada por el miedo.

De adolescente yo le contaba a mi mamá las cosas que me decían en la calle. Ella siempre respondía "debe ser por lo que traías puesto". Después paré de contarle todo, porque sabía que la respuesta siempre iba a ser distinta a la que esperaba oír. Recuerdo esas tardes cuando caminaba al colegio por una cicloruta, por la que tipos iban y venían diciendo barbaridades. Yo me sentía pequeña y solo quería correr para llegar a la puerta. A un lugar sin peligro.

Ya en la universidad las cosas se hicieron aún más claras. Aprendí, por una psicóloga, que el acoso es una manera de control hacia las mujeres. Los hombres al decir un piropo son conscientes que la mujer no les va a corresponder o a querer, saben que se va a asustar y va a alejarse. Es una manera de demostrar que la calle es un espacio diseñado para ellos, en el cual nosotras somos unas foráneas. Después de eso, el acoso para mí no volvió a ser igual y las agresiones no volvieron a pasar desapercibidas. Cada una me llenaba de impotencia y de miedo. Siempre quedaban marcadas en mi memoria.



Caía la lluvia en Bogotá y todo el mundo corría despavorido evitando mojarse. Yo estaba solo a un cruce de semáforo de entrar a la estación de Transmilenio y lograr no mojarme. Enfrente de todos los carros que esperaban avanzar, un hombre atravesó su mano cuando caminaba por la cebra, y me tocó mis senos. Ahí donde todos lo veían, lo hizo. Mi reacción inmediata fue quedar paralizada, los vehículos arrancaron casi encima y nadie se acercó a preguntarme si estaba bien. Dolió mucho, aún más cuando noté que mi camiseta estaba manchada. Tenía unas tres manchas cafés en donde ese hombre puso su mano. Su arma de tortura.

Entré a la estación y en todo el camino a mi casa, solo quería quitarme esa camiseta. Era mi favorita pero no quería saber más de ella. En el primer centro comercial que vi, me bajé y compré otra. La boté en una basura de la calle y nunca más volví a saber de ella. Aunque esa prenda quedó ahí, cada vez que me visto me persigue, siempre pienso en esa desagradable experiencia. A veces, me torturo pensando en qué ropa llama más el acoso y así no usarla. Es a lo que la vida me obligó, todo por ser mujer.

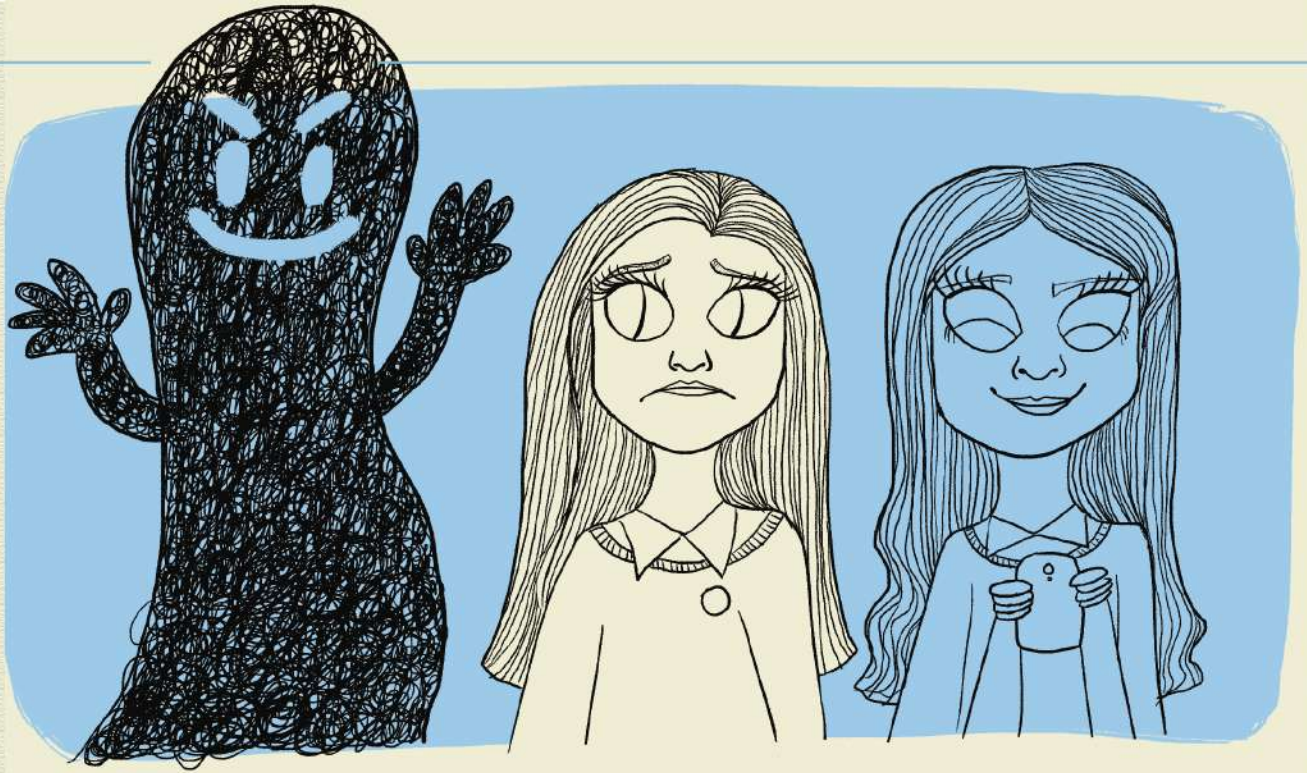
Siempre llevaré a cada uno de mis acosadores en la memoria, sin importar que ellos no se acuerden de mi rostro. Llevaré a ese hombre conmigo, al taxista que pita cada vez que voy en pantaloneta y al hombre que me tocó la cola una vez entrando a la universidad. La diferencia radica con los ojos que los miro. Mi yo de antes vivía atemorizada, justificando las agresiones, mi yo de ahora sabe que la calle es peligrosa, que no está diseñada para protegerme sino para atacarme. Al menos ahora conozco las repercusiones del acoso y trato de curarme de ellas, para volver a ser yo.

MELISSA





*Una historia de mi  
pequeña yo*



Tenía 14 años y caminaba comúnmente hasta la ruta sola, allá me esperaba una amiga, también de mi edad. Nos encontrábamos en una esquina, como todos los días, y tomábamos la misma ruta siempre. En el camino vimos a un hombre que se dirigía tambaleando en la dirección contraria, asumí que estaba borracho y lo ignoré. Al cruzarse con nosotras, me chocó y me tocó la cola. Supuse que nos lo había hecho a las dos, por lo que sentí menos pánico.

Continué caminando y unos pasos más adelante, lo volví a ver. Decidí ignorarlo de nuevo aunque me pareció un poco extraño. Era muy pequeña y no entendía lo que pasaba. El miedo dentro de mí fue aumentando poco a poco. Mi amiga no se percató de la situación, aunque ambas estábamos en peligro. En la siguiente cuadra se apareció de nuevo, la diferencia era que en esa calle sí había gente. Recuerdo que intenté acercarme a las personas para pedir ayuda, pero nadie me vio. A mi alrededor todos caminaron como si nada pasara, mi amiga estuvo en su celular todo el tiempo y ese hombre solo se me acercó cada vez más.

Luego, desapareció otra vez. Mi pequeña yo estaba muy enojada, solo quería que ese hombre se fuera y no volviera más.

No fue así. Unas calles más adelante, volvió a cruzarse en frente mío y mi reacción inmediata, literalmente, fue tirarme encima de unos señores para ver si me ayudaban. Esas personas vieron al hombre y entendieron la situación. Se armó el revuelo. Fue la única vez que vi a alguien reaccionar en mi defensa y gracias a ellos, estaba muy segura de que ese maldito no volvería a acosar a nadie. En ese momento lo único que hice fue dar las gracias y caminar muy lejos del lugar.

Los siguientes días recuerdo estar muy pálida y sentirme indefensa. Crecí en un hogar donde me enseñaron a ser una guerrera y a pelear sola, pero cada vez que me acosaban me sentía rota. No me gustaba necesitar de alguien más para defenderme. Al pasar el tiempo, opté por cambiar mi rutina diaria y, aunque ahora me duela mucho, vivía asustada. Eso pasó casi seis años atrás, pero nunca puedo dejar de pensar en ese día. Ahora me imagino diciéndole a esa niña que sea valiente. Si mi pequeña yo hubiera peleado, no habría vivido con miedo tanto tiempo. Si yo tuviera a esa niña de nuevo aquí conmigo, le diría que tuviera calma, que al final la lucha se la vamos a ganar a ese monstruo, mi acosador.

LAURA



*Una fortaleza que nació  
del miedo*



Me llamo Mariana, tengo 19 años y estudio Derecho. Nunca pensé que salir a la calle hace cuatro años me marcaría para siempre. Era adolescente y vivía plena, libre y serena. Mi rutina diaria era simple: iba al colegio, luego a mi casa a dejar mis cosas y después a clase de matemáticas. Siempre lo hacía en taxi, porque no quedaba tan lejos el instituto, pero un día decidí irme en bus. Esa decisión marcó mi vida.

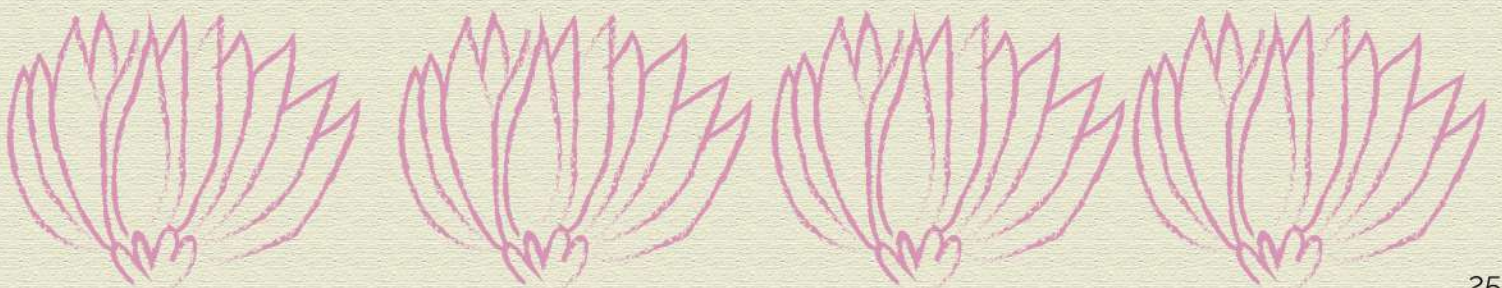
En una pequeña calle a una cuadra de mi casa esperé el bus, iba vestida con mi uniforme de colegio y mi maleta, dentro de ella solo llevaba unas llaves y mi celular. A lo lejos vi a dos hombres acercándose pero no me dio miedo, esa calle normalmente era concurrida por lo que era una escena normal. Cuando los dos estaban cerca de mí, uno de ellos empezó a decirme cosas obscenas y a echarme piropos. Normalmente cuando eso pasaba lo que hacía era ignorarlo, esperaba a que se cansara y luego se fuera, pero ese día fue la peor decisión que pude tomar.

Después de un largo rato hablándome, el acompañante de mi acosador dijo: ¡no le diga nada más que la va a asustar! Así siguieron su camino y yo me sentí más tranquila al verlos desaparecer. Aproximadamente diez minutos después, me di cuenta de que no me sentía segura y pensé en volver a casa. Al fin y al cabo estaba solo una

cuadra, que resultó ser la más larga de mi vida.

Faltando seis casas para la mía, sentí que alguien me abrazaba por la espalda y al voltear me di cuenta que era el mismo hombre. El mismo de los piropos. Esta vez me preguntó a dónde iba y por qué. Mi reflejo automático fue entregarle el dinero que llevaba en el bolsillo, pero para él no fue suficiente. Me arrinconó contra la pared y empezó a manosearme. Mi reacción fue quedarme inmóvil. No grité, no lloré, no armé un escándalo. No me defendí. La gente que cruzaba vio mi rostro de miedo y, aún así, no hicieron nada. Era como si lo que estaba pasando fuera invisible para ellos. Después de acabar con un beso, él se fue y yo me quedé inmóvil en la calle. Ese día él me robó la tranquilidad.

Desde una tienda cercana llamé a mi mamá y me senté en el andén sin poder entender lo que había pasado. No sabía qué había hecho para merecer esto. Fuimos al Centro de Atención Inmediata (CAI) del barrio y allí nos redirigieron a una Unidad de Reacción Inmediata (URI). Mi mamá y yo estábamos decididas a que ese tipo pagara por haberme tocado. En todo momento pensé que me harían pruebas o algo así, por lo que no me bañé o me cambié de ropa. Lo terrible fue darme cuenta que esas eran solo ideas mías, porque solo en mi mente me iban a creer que fui acosada.





Al llegar junto a las autoridades la primera pregunta que me hicieron, después de contar mi historia en lágrimas, fue: ¿alguien vió lo que sucedió? No pude creer esa pregunta. Estuve allí contándole a un hombre como otro se llevó mi seguridad y eso fue lo único que pudo decir. Le contesté que no. Nadie conocido lo había visto. El oficial solo respondió: ¡sin testigos, no hay hecho! Si nadie estaba ahí para apoyar mi palabra, mi testimonio no servía.

Regresé a casa sintiéndome peor que antes, me sentía indefensa y aquellos quienes debían protegerme decidieron no ayudarme. Años después, estudiando derecho, entendí que ellos necesitaban material probatorio, pero aún así, mi denuncia debió haber sido tomada en cuenta. Desde ese día no volví a ser la misma, salir a la calle representaba un reto y para mí, la ciudad era un lugar peligroso con fieras acechando. Lo peor es que yo sabía que nadie me iba proteger a mí o a las otras mujeres. Estaba segura de que esto no solo me pasó a mí, sino que ese hombre debió haberlo hecho muchísimas veces y vivía tranquilo, sin pagar por lo que hacía.

Por dos años he asistido a terapia y el estrés postraumático no me ha dejado tranquila. Repito las imágenes en mi cabeza una y otra vez. Ese hombre sigue ahí adentro de mí. Todo porque ese día se llevó algo de mí. Lo único que ha cambiado es que ahora si escucho un piropo, respondo llena de rabia. Muchas veces me han dicho loca, pero la gente no sabe lo que sufro por dentro cada vez que me dicen cosas. Siempre pienso que salir es mostrarle a mi agresor y a ese policía que, si ellos decidieron no respetarme, yo puedo hacer que lo hagan. Ahora tengo el miedo de esa niña de quince, combinado con la fortaleza de una mujer de diecinueve. Yo sé que las calles no están diseñadas para mí, pero siempre batallo para que algún día lo estén.



*Recuerdos que gritan*



El sol brillaba sobre la acera, mientras el viento soplaba por la calle y me despeinaba completamente. Caminaba escuchando el ruido de los carros y el sonido de la ciudad, así es mi día a día. Esa calle siempre la recorro. Es como Roma, sin importar los caminos, siempre termino ahí. Hoy era lo mismo: salir, caminar, hacer vueltas, regresar a casa. Parecía ser un día normal.

El hombre en el andén de enfrente empezó a gritarme cosas, yo como siempre lo ignoré. Siguió gritándome, caminando a mi ritmo y yo solo lo veía desde al frente. Mi instinto me hizo seguir como si nada, es lo que siempre estamos acostumbradas a hacer, cuando de pronto su boca se llenó de groserías. Palabras iban y venían. Estaba molesto simplemente porque no le hice caso, como el creía, y decidí continuar con mi camino. Sus palabras no eran lo que me molestaba, sino los recuerdos dentro de mí.

Me transportó a aquella noche, donde después de unas copas, terminé en la casa de unos amigos. Sí, me besé con uno, pero yo no quería nada más. Mis recuerdos de aquel día son borrosos. Recuerdo a este chico besándome, nosotros en una habitación, y luego yo gritando que me dejara en paz. Gracias al cielo, solo fue un susto ese día, pude escapar aprovechando que alguien entró. Huí de la situación, pero nunca del sello en mi mente.

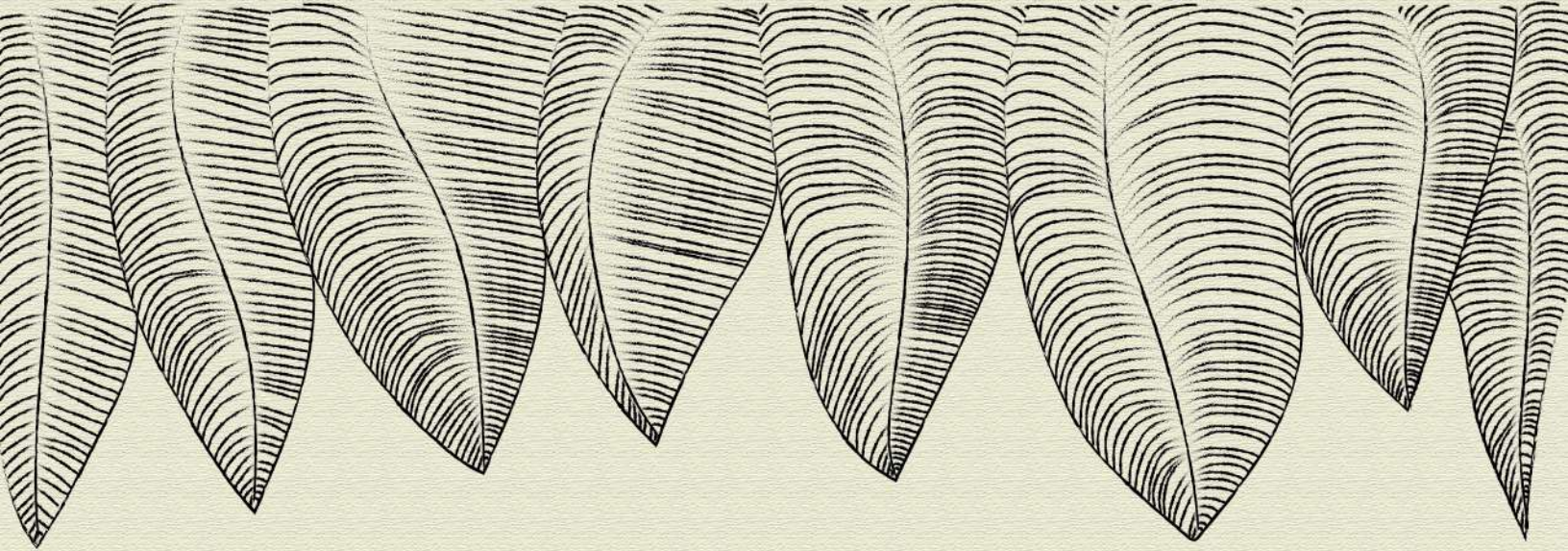
Ese hombre gritando enfrente me llevó a esa habitación donde me sentía llena de miedo.

Me llevó a el baño de mi casa donde me revisé los morados en mi cuello después. Me llevó a los meses en los que no pude cruzar palabra con ningún hombre, todos me atemorizaban. Me llevó al miedo que me producía estar sola. A los pensamientos vacíos que nunca se fueron. Me llevó a esos recuerdos con los que aprendí a vivir. Me llevó a la rabia por no haberme defendido. A la culpa por ponerme en peligro yo misma. Me llevó a él.

No son el mismo hombre, no tienen nada en común, pero parece que compartieran la misma mente. Uno me hizo pasar la experiencia más horrible de mi vida y el otro me hace recordarla. Sé que no soy la misma Juliana, que la de ahora grita y se defiende, pero siempre que un hombre me ataca me siento pequeña. Tan pequeña que tengo que maldecirlo para crecer.

Algo de lo que soy consciente es que siempre tendré el mismo sentimiento. No importa los días o los acosos que pasen, en el rostro de cada hombre que me chifla o me dice cosas "bonitas", se refleja aquel que me quiso hacer daño. Como siempre huiré y cada vez más lejos. Ahora pienso que no salir sola es la mejor opción, pero es que ya no sé ni qué ponerme. Todas mis prendas se parecen a las de esa noche. Al final, me alejé del lugar mientras el hombre seguía gritando atrás. Terminé igual. Corriendo. Pero hay algo de lo que nunca podré escapar: mis recuerdos que gritan.

JULIANA



# Agradecimientos

*Un agradecimiento a mi ilustradora Erika Forigua, quien además de ser mi amiga del alma, se encargó de darle vida a cada una de todas estas palabras. Gracias a Salomé, Laura, Leidy, Juliana, Saira, Mariana y Carolina, por permitirme contar sus historias en mis crónicas. Una gratitud enorme a mi directora de tesis, Fátima Martínez, por guiarme en este proyecto y por enseñarme una manera diferente de hacer periodismo. Finalmente, gracias a mi padre, Jairo Ruiz, por animarme y apoyarme a seguir mis sueños. Soy quien soy por ti.*

